

emoción que expande las almas, que es exaltación de las mejores potencias del niño, que es imagen nítida de su contorno psico-social; esto es, en una frase, le abre al niño horizontes en su alma y el alma de nuestro tiempo. Le muestra nuevos contornos en su mundo y le da a ver con visión de maravillas el mundo que le rodea. Ardua tarea ya que, en el primer caso, debió sortear los escollos de lo didáctico y, en el segundo, las dificultades acaso más insuperables, de lo apriorístico, del veneno de las sospechas.

Los relatos de «*Había una vez*» contienen un caudal de emoción que abarca todas las rutas y todos los círculos de la infancia. Ora es el mundo animado de sus propias substancias; ora es la inquietud del momento en primigenia prestancia la que borbotaba de las páginas de este libro. No el cuento clásico de príncipes, de brujas, de hadas, no la fábula agonizando en una moraleja sin sangre, si el relato ágil, vívido, emocionado, simple, profundo... Y todo encerrado en un círculo flúido, transparente en que las palabras constituyen encadenamientos de vivencias que el pequeño lector va reconociendo suyas.

Vicente Parrini Ortiz ha logrado plenamente su intento: no sólo ha escrito un buen libro para el más difícil de los lectores, el niño, sino que, sin proponérselo tal vez, ha conseguido establecer las bases para una auténtica y robusta literatura infantil en nuestro país, en donde los niños fueron olvidados por los escritores y vergonzosamente escamoteados por ciertas empresas editoras.—JUAN SANDOVAL.



«INDEPENDENCIA DE SUDAMÉRICA HISPANA»—Su grandeza y Miserias—Por *Eulogio Rojas Mery*. (818 págs.)

A través de un interesante volumen se presenta don Eulogio Rojas Mery como un hombre de pensamiento fecundo y de positivas condiciones para la literatura histórica.

Ha enfocado la emancipación de las colonias hispanoamericanas desde un ángulo novedoso; ha rectificado algunos errores de los historiadores que pudiéramos llamar clásicos (y a su vez incurre él en otros).

El señor Rojas Mery da una visión de conjunto de lo que fué el proceso de la independencia sin detenerse demasiado en la narración de detalle y recalcando en cambio la estrecha relación que hubo en los sucesos de aquella época en las colonias de la América Hispana.

Resalta el afán de reivindicación de la memoria de los hermanos Carrera, especialmente de don José Miguel, afán que constituye el leit motiv, digamos, de la obra entera.

El tema mismo ha sido ya tratado por diversos autores en obras de conjunto o en monografías. (Don Carlos Pereira, por ejemplo, se refiere al movimiento emancipador de Sudamérica en forma global en su «Historia de América», editada en Madrid en ocho volúmenes).

El señor Rojas Mery establece en el prólogo que su obra tiene por objeto servir de guía a la juventud que desee tener una visión más acabada de lo que fué el movimiento emancipador.

Esta labor pueden realizarla con mayor propiedad los autores contemporáneos ya que están libres del apasionamiento con que los historiadores del siglo pasado veían los sucesos por estar demasiado próximos a ellos. La obra que comentamos puede servir esta finalidad.

El Capítulo I entre otras noticias novedosas que, por lo general no han aparecido claras en otros libros, señala como fecha en que se inicia el movimiento de la independencia en Chile, la deposición del Gobernador García Carrasco, (11 de julio de 1810), restándole la exagerada importancia que se le ha dado a la otra fecha tan conocida de la 1.^a Junta Nacional, (18 de septiembre del mismo año).

En cambio sucesos que pudieron tener honda repercusión, de no haber fracasado, apenas si son mencionados. Por ejemplo,

el alzamiento de Tomás de Figueroa. En el relato de este hecho, descrito a la ligera, incurrió el autor en un error, quizá involuntario. Al enumerar a los jefes militares adictos a la causa de la independencia, que sofocaron el motín, menciona a don Ignacio Vial, en lugar de don Juan de Dios Vial como aparece en las demás obras. Falta también correspondencia entre algunas de las fechas ya conocidas en este y otros sucesos de la época, y las que señala el señor Rojas Mery.

Este autor ha fundamentado sus conclusiones en diversas fuentes de información documentales y en obras que por su escasez, podría decirse que se encuentran inéditas.

En el capítulo referente a la emancipación de Chile, la principal fuente la constituye la «Revista de la Guerra de la Independencia de Chile», del Coronel español José Rodríguez Ballesteros. De esta obra reproduce numerosos párrafos, cita también a dos o tres autores más e inserta una gran cantidad de trozos de documentos.

Es conveniente que haya citas en una obra para revestirla de mayor seriedad, pero su abuso es contraproducente. El lector se fatiga, más aún si no está especializado en la materia que trata la obra. Habría sido preferible que el señor Rojas Mery hubiera hecho las citas al pie de las páginas, señalando su existencia mediante asteriscos.

En la 1.^a Parte, (100 págs. más o menos) Rodríguez Ballesteros solamente, ha sido mencionado unas treinta veces.

La originalidad de la obra histórica reside en la asimilación e interpretación de documentos y textos afines. Lo que interesa es conocer la opinión desinteresada del autor y no que se nos presente un tejido hecho de parches.

Dijimos anteriormente que el asunto que interesa más al señor Rojas Mery es la reivindicación de José Miguel Carrera. El considera que en los textos se ha presentado la actuación de los hermanos Carrera en forma equívoca.

Ello no es efectivo. No hay en ningún texto de enseñanza de la historia patria alusiones suspicaces para infiltrar a las juventudes una actitud de reserva o de recelo frente a los Carrera. Tampoco se han realizado comparaciones o paralelos entre los próceres máximos, don Bernardo O'Higgins y don José Miguel, que pudieran desprestigiar a alguno de ellos. En cambio, cualquier actuación escabrosa o suceso no bien clasificado se ha mantenido en un discreto olvido.

Las rivalidades militares no aparecen como hechos bochornosos que resten méritos a la personalidad de ambos jefes.

En nuestra juventud no hay «o'higginistas» y «carrerinos». Ambos son admirados; la desgracia que persiguió a los Carrera se atribuye a un golpe del destino.

Además, no es correcto escudriñar para encontrar culpabilidades a propósito.

Nadie puede negarle a José Miguel Carrera sus grandes cualidades; su honradez, valentía, decisión; pero al mismo tiempo resaltan su carencia de táctica militar y de sentido diplomático, indispensable este último para actuar con éxito en un medio tan efervescente como el de su época.

En la Parte IV «De la Expedición al Perú»—Guerra del Litoral—, el señor Rojas Mery justifica plenamente la actuación de don José Miguel. Este episodio está relatado minuciosamente con el objeto de rectificar errores en que han incurrido los historiadores argentinos por una no disimulada aversión a Carrera, motivada sin duda, por los malentendidos que surgieron en Mendoza entre éste y San Martín.

Dice el autor: «Confío en que en la Argentina la juventud generosa ha de dar algún día el verdadero valor histórico a esa actuación hoy tan injustamente vilipendiada».

A pocos renglones insiste en este llamado en términos parecidos, instando a la juventud de la nación vecina a que actúe respecto a la glorificación de Carrera en la misma forma que procedieron los chilenos con San Martín, su héroe máximo.

Más adelante, sin embargo, en forma poco afortunada se refiere a este prócer al decir que el siniestro tirano Juan Manuel de Rosas fué el «heredero testamentario de la espada de San Martín».

Esta afirmación podría herir las susceptibilidades de los argentinos, celosos guardadores de su memoria.

Tampoco es prudente menoscabar la figura de 'O'Higgins, quien con mayor propiedad que ningún otro encarna el sentimiento patrio chileno. En estos últimos años se ha desarrollado más la iniciativa en este sentido, la que en ningún caso conviene amminorar.

Cada país tiene su prócer máximo. El nuestro ya ha hecho su elección, pues la opinión pública chilena señala como tal a O'Higgins.

No puede haber dos jefes supremos en una misma época. Uno de ellos fatalmente debe retirarse o renunciar.

Carrera hizo este sacrificio en vida. La posteridad respetará su decisión.

En la página 581 el señor Rojas Mery dice que Bolívar asumió la responsabilidad de la muerte de Piar y añade: «¡Qué diferencia con la hipocresía empleada en los asesinatos de Manuel Rodríguez, los hermanos Carrera y otros próceres chilenos!».

La imputación de tales asesinatos a determinada persona es temeraria; por esto el señor Rojas Mery se pronuncia al respecto sólo en forma velada.

Debo señalar la ausencia en la obra de una bibliografía. No quiere decir esto que no la haya incorporado en el texto, pero, para mayor claridad y mejor consulta de los lectores habría sido conveniente que existiese en forma separada.

Pero por la misma extensión de la materia no es fácil presentar una bibliografía lo suficientemente completa para que no merezca reparos.

La omisión del estudio de la independencia del Brasil, suceso

ligado al movimiento emancipador de las colonias españolas, en una obra como la presente no puede pasar inadvertida.

La ausencia de ilustraciones resta vivacidad al relato.

El trabajo de don Eulogio Rojas Mery no desmerece por las pequeñas observaciones que he formulado. Está escrito con fervoroso entusiasmo; con estilo claro y preciso. Y es, ciertamente, una efectiva contribución a la historiografía americana.—O. BARROS B.



JUVENTUD Y BOHEMIA.—*Memorial de una generación estudiantil*

Los médicos tenemos más que sobrados motivos para buscar en la literatura y en el arte en general, una válvula de escape a las angustias de la vida cotidiana. Vivimos palpando, escuchando, sintiendo el dolor humano. Nuestra actividad mental sufre, a su vez, el apremio del minuto, la angustia del tiempo, en las fronteras de la vida y la muerte. Escribir, para muchos es un desahogo y a la vez un placer. Queremos tener comunicación con un mundo que recibirá las elucubraciones de nuestra mente, con más o menos simpatía, según sea la calidad de la intención que encierren.

Este afán generoso, ha movido la pluma de nuestro amigo el Dr. Humberto Vera, para dar a conocer la pintoresca vida de los estudiantes de medicina de hace 30 años. Los que fuimos actores de aquella época romántica, al conjuro de los hechos narrados por el autor, vemos surgir nuestra juventud como una rosa fragante de recuerdos. Señalado por los dioses para guardar los preciosos documentos de aquel tiempo, Humberto Vera, cosa rara en un muchacho lírico, fué archivando papelès y fotografías, para entregarnos hoy, cuando nuestras melenas tienden a la blancura de la paz, su «Memorial de una generación estudiantil».

Todos podríamos aprovechar de este libro, los hechos generales tan bien descritos, para hacer nuestra propia novela. La